

A tantas voces de viento

Entrevista con Dolores Castro

Mariana Bernárdez



Fotografía: Pascual Borzelli Iglesias

JULIO 2003. Era martes. Llovía, como decimos en México, “a cántaros”. Manolo¹ había llegado de Louisville un par de días antes y uno de los motivos de su viaje era conocerla. Ella nos esperaba en su casa, acompañada de Benjamín,² quien daba los toques finales a su tesis doctoral sobre su poesía. Algo así la historia inicial que enmarca lo que doy a leer, con la salvedad de que encontré la grabación hace unos días, en una vieja computadora.

¿Por qué no se publicó?, ¿por qué quedó dormida en este sueño injusto? Diría a manera de una mala justificación que aquello fue más bien una charla de café, y que la intimidad de una conversación entre amigos debe quedar en ese ámbito, pero entre su ir y venir hubo un fulgor y fue cuando habló de La ciudad y el viento, novela corta que refiere lo que ocurría en los años posteriores a la Revolución y que muestra los rastros de la tan callada Guerra Cristera en una sociedad salvajemente destruida por el hambre y la desesperanza. A la distancia sorprende que, entre tanto escombros y tierra seca, entre tanta ruina, pudieran resguardarse las generaciones postreras que terminarían por edificar, eso llamado por los historiadores, el “México moderno”. Dolores Castro, como pocos escritores de su generación, retrata con una resuelta sutileza a esos jóvenes que portaban en su estremecimiento la lucha entre conservadores y liberales, las contradicciones entre el poder y la pobreza y realiza una denuncia, por demás dolorosa, del papel dejado a las mujeres.

Escrita en una prosa poética enfática, la novela desarrolla una profunda reflexión en torno a la muerte y coloca al lector en el umbral que delimita con la vida. La cala hecha sobre cada una de sus aristas, donde la morosidad de su desolación se afinca, asombra porque en ella subyace el cuestionamiento franco de cualquier mediación en el lazo íntimo del hombre con Dios, y confirma que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

Castro retrata la violencia del vínculo soterrado entre vencedores y vencidos. La imposibilidad de unificar su visión hace que el anhelo por un perdón que no duela gravite entre la torpeza del rencor y la ignorancia. La justicia, ciega y andando los vericuetos de la desmemoria, deviene persecución y matanza. La agudeza con la que describe los personajes y sus intrincadas relaciones muestran sobradamente un dominio del género y un conocimiento profundo de la naturaleza humana que se prolonga en el eterno retorno de un absurdo invencible. No hay un futuro prometedor que inaugure en canto triunfal una nueva condición humana, sólo el fracaso, el insistente fracaso del vencido cuya aspiración es resistir la fatalidad de ser vencido reiteradamente.

¿Quién podría olvidar las frases con las que se inicia esta novela?, ¿o la orfandad que mutila el tejido social, y que hace del corazón más débil una fiera que, en su desarraigo, alza la mano en busca de una venganza que sólo trae consigo más sangre y más dolor? De una expresión sencilla y de un tajo profundo, la escritura de Castro muestra una sociedad envilecida hasta la médula, desolada en su abandono, y donde sólo pervive quien encuentra en el polvo el secreto nombre de las cosas, que no es el de Dios sino el de la miseria de saberse hombre entre los hombres.

¹ Dr. Manuel F. Medina. Associate Professor of Spanish Director, Brazilian Studies Program, de la Universidad de Louisville, Kentucky.

² Dr. Benjamín Barajas, director del CCH Plantel Naucalpan.

Y entre los murmullos de la grabación, la estática, el repiqueteo de la lluvia y el infalible relámpago, sobresale la voz de Lolita, quien comienza afirmando que el género de la novela es bellissimo. Sea este el recuento de una fidelidad más allá de la voz, lo dicho o la ficcionalidad que habita toda memoria. Sea este testimonio del amor inabarcable a la palabra y a la vida.

Esta es una ciudad devastada por un incendio, en la que no han acabado de arder la gente ni las cosas.

En uno y otro caso siempre se quieren hallar las causas. Causa muy importante ha sido la sequía. También el aire, que encañonado pasa y se lleva las nubes, y se lo lleva todo, o lo trastorna sin el menor respeto.³

Pasé de la poesía a la novela corta porque tenía como una especie de mundo, como una semilla, donde estaba contenida mi experiencia de vivir en Zacatecas, una ciudad que en aquel tiempo era fantasmal. De veras, cuando era niña me preguntaba: ¿qué pasó aquí? Ya después oí lo que ocurrió durante las terribles batallas de la Revolución.

Después, la ruina, destruyendo con pesada mano techos, paredes, tanto como destruyó la metralla de la propia revolución.⁴

Pero fue un tiempo muy interesante porque no era sólo el “¿qué pasó aquí con esta ciudad?”, sino “¿qué pasó aquí con este país, con esta gente?” Recuerdo todavía por 1952, en Zacatecas, que durante una carrera de coches salían de todas partes a ver a los automovilistas aquellos, pero las personas traían consigo un botecito que casi siempre era una lata adaptada con algo para calentarse, y con sus abriguitos que estaban hechos de algún saco. Tristes. Pobres. Eran unas condiciones terribles que llevaban a repetirme la pregunta: ¿qué pasó aquí?

³ *La ciudad y el viento*, en *Obras Completas*, México, Instituto de Cultura de Aguascalientes, Col. Contemporáneos, p. 131.

⁴ *Ibíd.*, p. 137.

De pronto, me brota esa experiencia. Estaba esperando a mi tercer hijo y empecé a escribir. Sin duda, también es la experiencia que tuvo mi padre ante el choque entre la forma de pensar de los liberales y los conservadores. En Zacatecas, como decía López Velarde, había de dos: “Católicos de Pedro El Ermitaño”, o “Jacobinos de la época terciaria” que se odiaban unos a otros de buena fe. Esa experiencia, además, se reflejaba en la arquitectura, la mayoría de las casas estaba en ruinas, y las pocas que se mantenían en pie eran hermosísimas.

La ciudad y el viento se origina en una vivencia de juventud. Asistí a la casa de un general con motivo de una boda. La entrada espectacular, recubierta de cantera, tenía una escalera enorme de peldaños anchos. La casa ocupaba el sector posterior de la alameda, como el final. Era una boda en la que no iba a haber velación, es decir, misa, porque el abuelo de esta muchacha, que ya no era tan muchacha, había sido un liberal, entonces no los podían casar por la Iglesia. Recuerdo que me impresionó de mala manera la división de clases.

Después de la boda hubo un brindis; entramos y quise ir al baño; abrí la puerta y, después de una hilera de cuartos, no había nada. El resto estaba derruido. La sala donde era la fiesta era preciosa, con cortinas de encaje y unos muebles finísimos de una época anterior, pero no tenía más que una hilera de cuartos. El impacto me provocó que cualquier cosa llamara mi atención al punto de fijarme en los detalles que pasaban inadvertidos. Y a través de la visión de aquella casa situé lo que habría de ser la materia de la novela que me brotó de pronto. Era una casa preciosa. La echaron abajo para poner el Seguro Social.

En el viento le llegaban otros recuerdos. Veía su casa; construcción rara, en verdad, al fondo de la alameda, hacia lo alto, sobre una escalinata de piedras en veinte grandes escalones, tan amplios hacia los lados como una cuadra entera. Así la había construido su padre en época de bonanza. Casa de principales y principal por sus adornos en cantera labrada, rodeando las grandes ventanas guarnecidas por rejas de hierro.⁵

⁵ *Ibíd.*, p. 137.

El Zacatecas que conocí tenía las calles empedradas con piedra bola, costaba trabajo caminar, todo como que costaba trabajo, la gente que sobrevivía el haber nacido ahí, pues ya podía sobrevivir cualquier cosa. Mi madre vivió hasta los 100 años y medio, y mi padre, hasta los 92, porque habían pasado por todo. Decían que en Zacatecas sólo había dos estaciones: la del invierno y la de los ferrocarriles.

Era un Zacatecas bellissimo, con esa catedral y esa arquitectura magnífica. Incluso su propia edificación sigue asombrando porque se construyó dentro de una cañada. Cuando era chica había la costumbre de subir al cerro de la Bufa para mirarla. Desde ahí parecía un águila con las alas abiertas. Precioso.

A lo lejos la ciudad es un águila que cayera de bruces con las alas abiertas; de cerca, el águila se empequeñece, pierde su negror. La luz nos muestra las cenicientas tapias, el pobre y raído plumaje.⁶

La ciudad y el viento tiene como personaje principal a Zacatecas. La crítica principal en torno a su propuesta versó en que gran parte de su expresión era poética y en ese momento el cruce de géneros no era algo bien recibido. Pero era la manera de evidenciar, mediante la asociación entre el viento y las ruinas, una situación social.

La ciudad derruida por el viento que se la llevó arreciaba en el recuerdo cuando volvía la temporada. Al despertar sentía una emoción enorme porque pasaba entre las rendijas de las ventanas y cantaba, ¡cantaba! Mientras mi prima decía: “¡qué horror, hay viento, me voy a despeinar!” Yo exclamaba de puro gozo: “¡Qué bien!, ¡hay viento!, ¡hay viento!”

El viento es un personaje dentro de la novela, no un elemento. En aquel entonces yo era delgada y joven, y el viento me ayudaba a caminar, más bien, me hacía caminar. En tiempo de invierno cortaba materialmente, porque, como es cañada, se encañonaba el aire. El viento también se llevó la historia y su memoria. Zacatecas fue

la cuna del liberalismo, y de la educación laica, gratuita y obligatoria, porque Francisco García Salinas fue al Congreso y lo propuso.

En Zacatecas se fundó la primera Escuela Normal, dicen que del continente, pero digamos que del país. Fue una ciudad de mucha cultura y de pronto el viento y la Revolución se llevaron a la gente y socavaron el ánimo. Después vino la Guerra Cristera que fue por demás cruenta e injusta. A los pobres les increpaban: “¿quieres defender a Cristo?, ¿estás con Dios o contra Él?” La gente que era muy católica respondía afirmativamente, les daban las armas y la lista de sus compañeros. Luego recogían por ahí la lista y los fusilaban a todos.

Juan conocía la lista que ahora estaba en manos de Nefthalí, el jefe de policía, su perseguidor. Aquella inocente lista pertenecía a los católicos que Juan reunía para asistir a misa, para recibir instrucción religiosa, para llevar a cabo las indispensables obras de misericordia. Nefthalí los perseguiría como a “cristeros”.⁷

En principio la lucha estuvo apoyada por la Iglesia, pero al estar en su parte más crítica, el Papa señaló que no era posible que los cristianos se pelearan entre sí, por lo que retiraron su apoyo, aunque ellos ya estaban en las montañas tratando de subsistir. García Lorca, en algún momento, señala que solo los españoles y mexicanos poseen una crueldad inigualable. José Emilio Pacheco trata el tema en varios cuentos y muestra cuán terribles fueron unos y otros.

Tengo por ahí una grabación de un cristero, que era un señor Cantera, que luego se dedicó a chofer. El pobre hasta el apellido perdió. Le sucedió esto que les he estado contando, y al final dijo: “¡Ay Dios! Pues si aquí nos estamos muriendo de hambre, somos cuatro pobres hombres que estamos peleando”. Uno de ellos se fue a registrar en el ejército, a disgusto de los otros que vieron en el cambio de bando una traición terrible. Luego este señor Cantera, bajo la misma circunstancia de estar muriéndose de hambre, de frío, y ya no tener zapatos, se fue a enlistar, pero no lo aceptaron porque

⁶ *Ibíd.*, p. 131.

⁷ *Ibíd.*, p. 168.

no tenía botas; las consiguió junto con un uniforme por ahí y se quedó. Las luchas finales fueron espantosas. Había gente que sí poseía una verdadera convicción. Si lees las historias sobre los cristeros, hay algunas que conmueven porque estaban plenamente convencidos de defender a Cristo y a la Iglesia; había otros que solo eran roba-vacas... La cristiada fue un episodio oscuro en nuestra historia.

A mí me tocó todo..., el fin de la Revolución y la Cristiada. Viví hasta los siete años en Zacatecas, pero luego regresé y fue cuando percibí esa distinción tan espantosa entre las clases sociales. En los pueblos. Que se esté discriminando a las personas por ser menos, es inútil. Si ya uno es menos, ¿por qué ver todavía a la gente menos? ¿Sería más un fenómeno de los lugares chicos que de las grandes ciudades donde permea el anonimato colectivo?

Zacatecas ha cambiado mucho, se ha convertido en un lugar turístico. También ha cambiado el país, el rostro en general, las condiciones de vida. Esas personas que discriminaban a otras, ¿en qué eran superiores?, no lo eran en educación, a veces ni en dinero ni en posición, pero estaban muy dispuestas a ver menos a los demás.

No me dio trabajo publicarla porque en ese momento “Ficción” no era tan importante como lo fue después, y además —y con esto se disminuye la importancia de mi novela— mi cuñado era el rector de la Universidad, y yo era muy amiga de Sergio Galindo, quien dirigía la colección. Él no quería publicar poesía porque nadie la compraba, me dijo que mejor hiciera una novela. La empecé a escribir y jugaba a las carreritas: ¿entregaría y publicaría primero la novela?, o ¿nacería primero, Eduardo, mi tercer hijo? Finalmente entregué la novela y nació Eduardo. Tengo un solo ejemplar de esa edición que alguien me consiguió hace poco, cuando el viento no estaba soplando.

Cuando Emanuel Carballo la leyó sentenció que era una novela provinciana, y decidí no dedicarme

más a este género. Pero no sólo fue eso, es mucho más fácil escribir poesía después de cambiar unos pañales o dar una botella al hijo o tener exceso de trabajo. Si se lee lo suficiente se puede escribir poesía en cualquier momento. La novela es más demandante en su tiempo de escritura y para seguir a los protagonistas hay que estar muy concentrado para no confundir sus hilos. Si en la poesía hay que andar como minero siguiendo una veta, en la novela son muchas las que se tienen que urdir. Eso es lo que pienso, pero en realidad solo tengo esa experiencia y no podría ahondar más en el tema.

Quizá la diferencia más interesante entre los géneros de la épica y la lírica sea el manejo del tiempo. La concepción circular en la poesía refleja el juego de la memoria. Su tiempo versa sobre lo vivido y crea un presente que hace presencia de muchas cosas. Si en una novela a veces no se sabe a dónde van los personajes, en la poesía hay un mayor sentido de aventura.

Mi marido, Javier Peñalosa, me decía: “Puedes dar clases de redacción, de tantas cosas...”, y yo le respondía: “No, no te equivoques, quien entra en la poesía se mete en una especie de ola de locura. Para dar clases de redacción se necesita otra cosa”. Creo que en la manera como se vive el tiempo determina en mucho qué es lo que se va a escribir y cómo se va a escribir. El mundo de la poesía es delirante, porque se desarrolla sobre esa fractura temporal. ¿Enloquecedor, salvador? Recorrer la memoria es repasar una película y encontrar una foto fija donde uno rescata algo para siempre y del momento.

Se escucha el estruendo de la lluvia que se arremolina contra las ventanas. Se hace el silencio, ninguno se atreve a romperlo. Ninguno sabe qué mira Lolita en la lejanía del recuerdo, qué calle polvorienta, ráfaga de viento, árbol cimbrado o qué hijo de ojos negros, o qué caricia la esté afirmando en el instante del aliento. Sobreviene su risa queda, y luego el parloteo de unos y de otros continúa deambulando como lo hace la vida cuando goza de una altísima luz. ■■